

Una fórmula bíblica para el perdón



Nada es tan importante como el perdón. Es la clave de la felicidad y el imperativo espiritual más importante de nuestra vida. Necesitamos perdonar, hacer las paces con las heridas e injusticias que hemos sufrido para no morir enfadados y amargados. Antes de morir, necesitamos perdonar, a los demás, a nosotros mismos y a Dios, por lo que nos ha pasado en esta vida.

Pero, eso no es fácil de hacer; es más, a veces es imposible de hacer. Es necesario decirlo porque hoy en día hay mucha literatura bien intencionada, en todo tipo de círculos, que da la impresión de que el perdón es simplemente una cuestión de quererlo y seguir adelante. Dejarlo pasar y seguir adelante.

No funciona así, como todos sabemos. Las heridas del alma tardan tiempo, mucho tiempo, en sanar, y el proceso es insoportablemente lento, algo que no puede apresurarse. De hecho, el trauma de una herida emocional suele afectar a nuestra salud física. La curación requiere tiempo.

Al examinar la cuestión de la curación y el perdón, podemos sacar una valiosa y por mucho tiempo olvidada comprensión de la espiritualidad judía y cristiana del sábado. La santidad del sábado no se limita a honrar un determinado día de la semana, sino que también es una fórmula de perdón. Así es como funciona.

La teología y la espiritualidad del sábado nos enseñan que Dios creó el mundo en seis días y luego descansó en el séptimo día, el sábado. Además, Dios no sólo descansó en el sábado, sino que declaró este día de descanso para todos para siempre, y con ello Dios estableció un cierto ritmo para nuestras vidas. Ese ritmo se supone que funciona así:

- Trabajamos durante seis días, luego descansamos un día.
- Trabajamos durante siete veces siete años, cuarenta y nueve años, y luego tenemos un jubileo en el que el mundo mismo se toma un año sabático.
- Trabajamos durante siete años, luego descansamos un año (un sabático).
- Trabajamos durante toda la vida, y luego disfrutamos de una eternidad de sabático.

Ahora bien, ese ritmo también sirve para que avancemos hacia el perdón:

Podemos guardar un mini-rencor de siete días, pero luego tenemos que desistir.

Podemos guardar un rencor mayor durante siete años, pero luego tenemos que dejarlo. (El "estatuto de limitaciones" se basa en esto).

Podemos mantener una gran herida en el alma durante cuarenta y nueve años, pero luego tenemos que renunciar a ella.

Podemos mantener una herida profunda que nos desgarré el alma hasta nuestro lecho de muerte, pero entonces tenemos que renunciar a ella.

Esto pone de relieve algo que con demasiada frecuencia está ausente en los ámbitos terapéuticos y espirituales de hoy en día, a saber, que necesitamos tiempo para poder perdonar, y que el tiempo necesario depende de la profundidad de la herida. Así, por ejemplo:

Cuando un colega nos desautoriza en una reunión, necesitamos un poco de tiempo para enfadarnos por esa injusticia, pero normalmente unos días pueden ayudar a relativizarla y permitirnos dejarla pasar.

Cuando un empleador injusto nos despide fríamente de un trabajo, siete días o siete semanas no suelen ser suficientes para ponerlo en perspectiva, dejarlo pasar y perdonar. Siete años es un plazo más realista. (Nótese que el "estatuto de limitaciones" frente a esta visión bíblica).

Hay traumas que sufrimos que dejan heridas mucho más profundas que las que deja un empleador que nos trató injustamente. Hay heridas que sufrimos por abuso, negligencia y años de injusticia que necesitan más de siete años para procesarse. Puede que tardemos cuarenta y nueve años, medio siglo, en hacer las paces con el hecho de que nos acosaron de niños o de que sufrimos abusos emocionales o sexuales en nuestra juventud.

Hay heridas tan profundas y traumáticas que sólo en nuestro lecho de muerte podemos hacer las paces con el hecho de que nos han ocurrido, dejarlas ir y perdonar a la persona o personas responsables de ellas.

Por último, puede haber heridas demasiado profundas, demasiado destructivas y demasiado dolorosas para procesarlas en esta vida. Para ellas, afortunadamente, tenemos el misericordioso abrazo sanador de Dios después de la muerte.

La capacidad de perdonar depende más de la gracia que de la fuerza de voluntad. Errar es humano, pero perdonar es divino. Este pequeño eslogan encierra una verdad más profunda de lo que es inmediatamente evidente. Lo que hace que el perdón sea tan difícil, existencialmente imposible a veces, no es principalmente que nuestros egos estén magullados y heridos. Más bien, la verdadera dificultad es que una herida en el alma funciona igual que una herida en el cuerpo; nos despoja de nuestra fuerza.

Esto es especialmente cierto en el caso de los traumas que desgarran y destrozan el alma y que tardan cuarenta y nueve años o toda una vida en curarse, o a veces nunca pueden curarse en esta vida. Las heridas de este tipo nos restan energía de forma radical, sobre todo hacia la persona que nos hizo esto, lo que hace que nos resulte muy difícil perdonar.

Necesitamos una espiritualidad del sábado para ayudarnos.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/una-formula-biblica-para-el-perdon